

Su culto está testimoniado desde la Antigüedad por una rica documentación literaria, litúrgica y arqueológica. Uranio, en el breve escrito biográfico-encomiástico sobre la vida de Paulino de Nola (compuesto unos años después de su muerte, acaecida el 22 de junio del 431), relatando la aparición de los santos Jenaro y Martín de Tours al obispo nolano, traza en pocos rasgos la identidad de ambos personajes (*De obitu Paulini* 3). La breve descripción prosopográfica de Jenaro influirá también en su posterior representación hagiográfica: *Ianuaris episcopus simul et martyr, Neapolitanae urbis illustrat ecclesiam* («Jenaro, obispo y mártir, da esplendor a la iglesia de la ciudad de Nápoles»).

Las reliquias del santo, saqueadas por Sicón hacia el año 831 (BHL 4140), fueron llevadas a Benevento y desde el s. XII al cenobio de Montevergine. De allí el cuerpo fue llevado solemnemente a la catedral de Nápoles en 1497 y guardado en la cripta bajo el presbiterio (actualmente los huesos, objeto reciente de dos minuciosos reconocimientos científicos en los años 1964 y 1988, se conservan en una capilla de la nave derecha).

Pero la devoción al santo dio un giro radical por el descubrimiento de una nueva reliquia. La primera noticia acerca de la sangre y de su licuación no se encuentra hasta la segunda mitad del s. XIV en el *Chronicon Siculum*, que el 17 de agosto de 1389, en un momento muy dramático para Nápoles, azotada por las luchas dinásticas angevinas y el cisma de Aviñón, así como por una fuerte carestía, anota que la sangre de san Jenaro se había licuado, «como si hubiera salido del cuerpo en aquel momento». Desde el s. XIV las diferentes fiestas litúrgicas del santo siempre estuvieron relacionadas con la exposición del busto y de las ampollas de la sangre y al fenómeno de la licuación, que con «regularidad extraordinaria» se repite en las fechas establecidas y a veces también en otras circunstancias fielmente apuntadas desde el s. XV en los Diarios de los ceremonieros de la catedral.



La sangre «milagrosa», convertida no sólo en uno de los *mirabilia* de Nápoles, sino también en un argumento de la apologética cristiana, llegó a ser emblema y paladín de la protección de san Jenaro sobre Nápoles. La devoción llega a asumir un carácter social, casi institucional, entre el santo y la ciudad: en efecto, mientras faltan libros de milagros personales o una recopilación de exvotos privados, son muchos los monumentos públicos erigidos en recuerdo de los beneficios del santo patrono, como la Capilla del Tesoro, de la nave derecha de la catedral, querida por la ciudad y por la *Deputazione degli Eletti* en 1527 como exvoto por la liberación *a peste fame et bello*, para conservar dignamente la reliquia del busto y de la sangre.

El culto de la sangre de san Jenaro a menudo ha sido tachado de fanatismo o ingenuidad bárbara por un cierto desprecio intelectual elitista hacia toda forma de religiosidad popular: también en el ámbito católico se ha ironizado sobre la proliferación de las sangres milagrosas en Nápoles. Pero hay que reconocer la particularidad del fenómeno jenariano que, aunque esté atestiguado sólo después de 1389, precede en varios siglos a la explosión de la devoción moderna de las redomas de sangre. El historiador de la religiosidad constata que la reliquia es casi la única en tal género que hoy, en plena secularización, es todavía objeto de devoción sincera especialmente entre la gente sencilla, si bien no en la intensidad ni en las formas del pasado; en el plano científico el fenómeno de la licuación es un problema sin explicar por completo, entre otras cosas por la imposibilidad de efectuar análisis directos sobre el contenido sin la apertura de las ampollas.

Tras el Vaticano II, la Iglesia napolitana ha puesto cada vez más en primer plano el valor teológico y moral del acto supremo del santo mártir, testigo hasta la efusión de la sangre: en la praxis pastoral ha disciplinado severamente las ceremonias de la exposición de la reliquia de san Jenaro, procurando frenar todo exceso. (Texto de G. Luongo)

Eco de la liturgia : Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros

Desde que se me impuso sobre mis hombros esta carga, de tanta responsabilidad, me preocupa la cuestión del honor que ella implica. Lo más temible en este cargo es el peligro de complacernos más en su aspecto honorífico que en la utilidad que reporta a vuestra salvación. Mas, si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de obispo connota una obligación, la de cristiano un don; la primera comporta un peligro, la segunda una salvación.

Nuestra actividad de obispo es como un mar agitado y tempestuoso, pero, al recordar de quién es la sangre con que hemos sido redimidos, este pensamiento nos hace entrar en puerto seguro y tranquilo; si el cumplimiento de los deberes propios de nuestro ministerio significa un trabajo y un esfuerzo, el don de ser cristianos, que compartimos con vosotros, representa nuestro descanso. Por lo tanto, si hallo más gusto en el hecho de haber sido comprado con vosotros que en el de haber sido puesto como jefe espiritual para vosotros, entonces seré más plenamente vuestro servidor, tal como manda el Señor, para no ser ingrato al precio que se ha pagado para que pudiera ser siervo como vosotros. Debo amar al Redentor, pues sé que dijo a Pedro: Pedro, ¿me amas? Pastorea mis ovejas. Y esto por tres veces consecutivas. Se le preguntaba sobre el amor, y se le imponía una labor; porque cuanto mayor es el amor, tanto menor es la labor. (Oficio de lectura: De los sermones de San Agustín)